

DISCURSO PATRIÓTICO  
QUE PRONUNCIÓ

EL DÍA 27 DE SETIEMBRE DE 1856

EL SEÑOR LIC.

**D. JOSÉ MARIA L. GINORI,**

**MAGISTRADO**

**DEL SUPREMO TRIBUNAL DE JUSTICIA**

**DEL ESTADO,**

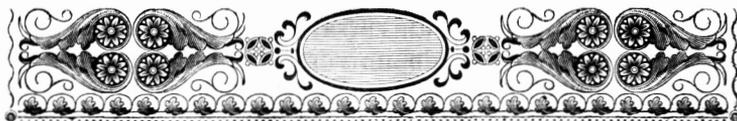
EN LA SOLEMNIDAD CON QUE LA CAPITAL DE GUANAJUATO  
CELEBRÓ EL GLORIOSO ANIVERSARIO DEL DÍA 27  
DE SETIEMBRE DE 1821.

Se imprime por disposición de la Junta Patriótica.

**Guanajuato.**

IMPRESO POR ALBINO CHAGOYAN, C. DEL CERERO N. 189.

1856.



**V**ENGO á la tribuna pública, destinado para dirigir la palabra al pueblo magnánimo de Guanajuato, en el día grande en que celebra el año treinta y cinco del nacimiento de la patria. Este puesto honroso, y por tantos títulos respetable, correspondía á otro orador de mejores prendas. Una voz elocuente, persuasiva, animadora, debiera en esta hora solemne del patriotismo, recordar el triunfo nacional de 1821, y con el poder del génio reanimar esas virtudes de que son depositarios los corazones mexicanos, para que la oracion cívica correspondiera á su grandioso objeto, y para que las memorias inefables que venimos á revivir en los momentos de tregua que anualmente tienen nuestros acerbos padecimientos, pudieran presentarse á la consideracion pública con toda su mágica ternura y su elevada importancia. Pero si estan llenas de imperfeccion las ideas del que con débil acento saluda á la nacion libertada al llegar la conmemoracion de su feliz Independencia, bastará enunciar solamente esos recuerdos de verdadera grandeza, para que nada pierda la grata ceremonia que nos reúne en este lugar, y que se ha establecido como un monumento que la gratitud y el patriotismo quieren legar á la posteridad mas remota.

## —4—

La institucion de los aniversarios de las grandes épocas de las naciones, es de universal interés, porque tiene un influjo positivo, aunque lento, en la mejora de las costumbres de los pueblos. Por eso los verdaderos amigos de la humanidad y de la civilizacion, unen en todas partes sus votos á las ofrendas de los patricios, y deploran, como ellos, los abusos por los cuales alguna vez, se ha hecho degenerar de su noble objeto á estas festividades de union y de ternura, dulcísimo desahogo del amor y el agradecimiento. Es verdad que en ellas nada puede presentarse de nuevo, ó singular; pero las engrandecerá siempre la brillante multitud de recuerdos gloriosos que vienen á autorizarlas, poniendo de manifiesto ante la imaginacion conmovida de los hijos, el cuadro magnífico de las virtudes de sus padres.

Oprimido el corazon con el peso de años largos de desgracia, anhela con entusiasmo la llegada de estos momentos de paz y de fraternidad, porque en ellos, si quiera, no se acuerda el alma de otra cosa que de dar ensanche á los mas generosos sentimientos, y en el semblante de todos los ciudadanos resalta el colorido del bienestar y la benevolencia, que liga sus votos y sus esperanzas con el lazo de la virtud. Así vemos reproducirse una semejanza, bella, aunque por desgracia, no idéntica, de aquella union bendecida por el cielo, y que elevó á nuestra patria á la alta gerarquía de nacion Independiente, en el mil veces venturoso 27 de Setiembre de 1821, dia de tranquilas y apacibles horas, dia que el Omnipotente marcó para los mexicanos con un beneficio de valor imponderable, por el cual en cada año le tributamos públicamente nuestra adoracion y nuestro reconocimiento, confesándolo en el templo de las augustas ceremonias, por el único Señor, á quien venera toda la tierra.

Un pueblo agradecido, es digno de ser grande. Un pueblo agradecido ni contempla con degradante indiferencia las acciones ejemplares de sus mayores, ni desmaya á la consideracion de los mas costosos sacrificios, cuando resuelto á llenar los deberes de su elevado destino, marcha siempre animoso, en la empresa de hacer

## —5—

la felicidad de sus descendientes. En el corazón de un pueblo agradecido, no se ha borrado la idea consoladora de la Divinidad, ni se ha perdido el precioso germen de la virtud, y aunque las aberraciones momentáneas y los infortunios sucesivos, hayan impedido el desarrollo de esa semilla fecunda, está en la naturaleza de las cosas, que ella llegue á producir sus sazonados y abundantes frutos. Obra es esta de la ilustración, fanal resplandeciente que disipa nuestros errores: obra de la experiencia, Mentor venerable de nuestras acciones; y sobre todo, es esta la obra de ese sentimiento sublime, que se llama el amor de la patria, pasión nobilísima que enciende los pechos generosos, porque es el destello de una llama vivificante, á la que yo no me desdeño de distinguir con su verdadero nombre, como la distinguió en esta misma tribuna, el ilustrado jóven orador de 1853. Es la caridad cristiana, origen fecundo de las hazañas inmortales.

Ahora bien: cuando nos constituimos aquí, para recordar los hechos gloriosos de los hombres eminentes que nos dieron la libertad, nos presentamos en una especie de exámen á la vista del mundo, y tenemos que darnos cuenta á nosotros mismos, y á los pueblos que nos observan, del uso que háyamos hecho de esa experiencia, comprada con sangre y lágrimas, de ese patriotismo de que fueron un modelo ilustre aquellos héroes, y de los adelantos del país que por sus esfuerzos se inscribió con gloria en la lista de las naciones. Los libros en que la Verdad y la Historia escriben con su severa pluma, contienen una página que nos corresponde. Limpia y hermosa apareció á los ojos del universo en 1821. Cuesta un sacrificio penosísimo el decirlo; pero necesario es confesar que esa hoja que refiere nuestros hechos de treinta años, no conserva la brillante hermosura que fundó nuestra respetabilidad y nuestra nombradía en tiempos mas dichosos. Nacen de aquí las consideraciones importantes que formarán el asunto de mi discurso, esplicadas en dos proposiciones sencillas.—La grande obra de nuestra Independencia no está consolidada con la firmeza de lo invencible.—La mas urgente de las ne-

## —6—

cesidades actuales de la patria consiste en que sus hijos no permitan que se apodere de ella la anarquía. No mancharé yo mis lábios con el lenguaje mentiroso de la lisonja para fundar mis conceptos; mas tampoco tengo necesidad de perturbar el justo regocijo público con inmerecidas y amargas invectivas contra un pueblo, víctima de grandes errores y de cruellísimas desgracias; pero digno siempre de las consideraciones que merece una bondad de carácter no desmentida, y del aprecio que exita un infortunio prolongado por la vida de una generacion entera. Continuadme conciudadanos vuestra benévola atencion.



Es la historia de la humanidad un misterioso, un incomprendible conjunto de oscuridad y luz, de miserable debilidad y de asombroso poder, de virtudes heroicas y de crímenes vergonzosos. La imaginacion mas fecunda es impotente para abrazar todo el mal y todo el bien derramados en la dilatada serie de setenta siglos, desde que la tierra absorbió la sangre de la inocente víctima del primer homicidio, hasta el día en que ha escuchado el último gemido que hizo lanzar á los vencidos ese choque fuertísimo de dos colosos, ese sacudimiento, cuyo ruido se escuchó hasta el último ángulo del mundo, esa guerra de Oriente, que acaba de pasar en nuestros días, y que no podrá referirse bien, mientras la misma humanidad no salga del estado de estupor que la han causado hechos que parecen increíbles, y que muy poco ha, se habrian juzgado por imposibles.

Se camina al travez de una tormenta, y enmedio de un mar de amargura al recorrer los anales del género humano. Pero tiene ese Oceano sus riveras alegres y risueñas. Tambien la humanidad ha podido conservar ó recobrar, los preciados dones con que salió de las manos de Dios. El le ha comunicado un raudal de la beneficencia, de que es fuente inagotable. Tambien la humanidad puede levantar su frente, porque mil veces la han hecho brillar con los fulgures del cielo, sus hechos

## —7—

ilustres y sus acendradas virtudes. La tierra que se manchó con sangre inocente, cuando aun no alimentaba toda ella mas que á una familia pequeña, se purificó despues por largos años con el fuego de los sacrificios. A la época inocente de los patriarcas, siguieron los dias nefandos de los conquistadores. Despues de la edad de los filósofos y de los sabios, vinieron las irrupciones de los bárbaros, y el negro fantasma de la edad media. Los dias grandes de la santificacion de la tierra por la Cruz, sucedieron al reinado de la disolucion y de los crímenes mas vergonzosos.

Así ha caminado la especie humana en toda la sucesion de los tiempos, y así acaba de pasar tambien, en ese hecho gigantesco, y sin ejemplo que podemos llamar de ayer, y que yo acabo de citar. Las montañas heladas de la Ruoia retemblaron al estruendo que formó el enojo de las naciones amenazadas: viéronse esas montañas empapadas con la sangre de la matanza; pero han visto despues descender de lo alto al genio de la Paz, y en lugar de los crueles alaridos de la venganza, escuchan ya los dulces écos de las voces de la reconciliacion. A la posteridad está reservado descubrir el influjo de esa guerra y de su portentoso desenlace, en la suerte del orbe entero, y el muy directo que pueda haber tenido en los futuros destinos de la nacion mexicana.

Ese estado congojoso, esa situacion de perpetua lucha, que con su peso enorme tiene encorbada á la humanidad entera, cuyo pecho lanza gemidos incesantes, y cuyos ojos vierten llanto inconsolable; ese estado, ¿será el estado natural del hombre, de esta criatura inteligente y libre, reunion admirable de las hemosuras morales, y de las bellezas físicas? . . . No, conciudadanos, no es esa una situacion conforme á la naturaleza, por mas que la veamos prolongarse por años cuyo guarismo cansa al pensamiento. El término de esa lucha está reservado para EL que ha podido sostener á la tierra en el espacio inmenso de los aires; pero nosotros debemos cooperar á su desígnio infinito, porque conocemos ó debemos conocer, las causas del mal, porque no podemos escusarnos de la obligacion de acudir con el remedio que tenemos

## —8—

dentro de nosotros mismos, la virtud plantada en el corazón. De otra manera no seremos dignos del sublime dictado de hombres de buena voluntad, únicos á quienes fué prometida la paz con sus riquezas inmensas, y con sus goces inesplicables, la paz de que no hemos disfrutado nunca la inmensa mayoría de los mexicanos que vivimos actualmente en este suelo vírgen, feraz y hermoso, pero en extremo desgraciado.

La causa principal de que el género humano no camine espedito en su carrera de gloria y de ventura; el motivo verdadero de que las naciones retrocedan en esa dichosa marcha, y se debiliten y perezcan, dejando solo un nombre y unas ruinas, es la separacion funestísima que los hombres han querido hacer de la inteligencia y de la moralidad, pretendiendo una creacion tan monstruosa como ridícula, la de la sabiduría sin la virtud. En una palabra: han olvidado, ó han menospreciado á Dios, como si quisieran disputarle la conservacion y engrandecimiento de las cosas, y el gobierno del mundo. ¿Cuál es el resultado necesario, infalible, de esa fiebre del corazón, y de ese delirio del entendimiento? El desórden y los desastres, el olvido absoluto de los derechos y de las obligaciones, la anarquía y el esterminio de las sociedades que mas grandeza y mas poder aparentaban, que prometian una vida de largos y prolongados años.

Analizad mis pensamientos, conciudadanos, con la alta penetracion de que estais dotados. Abrid la historia, y consultad sus lecciones importantes: encontrareis pobreza en mis ideas; pero hallareis tambien unas verdades puras y sencillas. Dadles vosotros la estencion que la patria pide en esta época de angustia que vamos atravezando, estencion sublime, que ni puede abrazar mi pequeña capacidad, ni me permiten intentarlo la estrechez del tiempo, y el temor de cansar vuestra respetable atencion. Permitidme solo que yo recuerde en ocasion tan propia las palabras de un sabio eminente de nuestros dias “La inteligencia sin moralidad— dice— “es el ángel caído que lleva herida su frente con el rayo “del Eterno, y que en medio de su desesperacion, blasfema contra su Criador: lleva en su mano la tea de la

## —9—

“discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y trastorna y abraza al universo. La sociedad donde se verifica el sacrílego divorcio de la moral y de la inteligencia, vivirá en la inquietud, se agitará en medio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algún germen regenerador, su destino será la muerte.”

¡Cuántas verdades contenidas en pocas razones! Las escribió Balmes, el virtuoso, gloria de su patria y ornamento de las ciencias. Pero... también sufren los pueblos la pérdida de sus grandes hombres, cuando más los necesitan. La muerte arrebató á Balmes en su juventud, en los momentos en que todos lo señalaban como á caudillo de la revolución filosófica y moral que desea y espera el mundo, y que es el objeto de los esfuerzos nobles y magnánimos de tantos hombres eminentes. Solo por medio de ella puede hacerse la gloriosa regeneración de la especie humana, porque sus armas son la inteligencia y la caridad: su programa, ilustrar al entendimiento y perfeccionar al corazón. La paz y la felicidad son los frutos de su victoria, frutos muy distintos de los que forman la cosecha amarguísima de las luchas sangrientas que se apoyan en la fuerza de los cañones, y en masas de hombres, materializados por esplicarme así; porque es cierto que esas guerras del poder físico, todo lo corrompen, todo lo materializan, y su triunfo queda marcado con las indelebles señales del envilecimiento, de los perpetuos rencores, y de la más espantosa desolación.

La pintura que habeis visto, señores, está tomada de las verdades de la historia, cuyas páginas no puede hacer desaparecer el poder de los hombres: ella nos enseña con la doctrina de la experiencia; nos amonesta con el lenguaje terrible de los ejemplos. De sus lecciones importantes debemos deducir, que si en todos los países, el abandono de la moralidad es la pérdida de toda ciencia y muy principalmente de la que tanto se necesita para el buen gobierno, y para el establecimiento de leyes justas; sería un principio de aniquilamiento, irreparable, y más próximo, en una sociedad nueva, como la nuestra, que aunque tiene la inapreciable felicidad de conservar

—10—

en toda su pureza, el grande elemento, el único gérmen robusto de la vida de las naciones, la verdad religiosa, en íntima union con la verdad política; sin embargo, necesita tiempo para vigorizarlo, tiempo para adquirir con la ilustracion la fuerza poderosa que vencerá en la terrible lucha moral que agita al mundo, y que ha de pretender hacer víctima de sus crueles invasiones á la república mexicana. Ella vencerá, sí, vencerá nuestra patria queridísima, elevándose á las alturas de su destino; pero no debe olvidar que esa elevacion no puede existir fuera de la idea de la Divinidad, única idea grande y sublime, en la noble estension de estas palabras.

Tales son, compatriotas, los peligros que amenazan á la independenciam que nos compraron con su sangre los hombres esclarecidos, cuya memoria será bendecida con aclamaciones repetidísimas de admiracion y reconocimiento, mientras aliente un solo mexicano. El violento estado de transicion en que la república ha caminado por largos años, es un impedimento tan grave como funesto para la consolidacion de la misma Independencia. La amenaza perpetua contra los únicos principios que pueden sostenerla, ha hecho, y hará todavía mas, que la generacion presente pase una vida agitada y angustiosa; pero no puede ponerse en duda, que la lucha redoblará su esfuerzo contra nuestros descendientes, y los conflictos de nuestros hijos serán mayores si á costa de cualquiera sacrificio, no les dejamos asegurado ese don inestimable, de cuyos beneficios disfruten ellos de lleno, ya que sus padres no han tenido la dicha de gozarlos por completo.

La union nos dió la Independencia y solo ella podrá afirmarla para de una vez. Necesítase para esto un grande esfuerzo, sí, pero del todo indispensable. La ocasion es propicia, y yo creo que cumplo con el primer deber del encargo que acepté, cuando al dirigir la palabra á un pueblo magnánimo, llamo fuertemente su atencion hácia los riesgos que puede correr el edificio de nuestra sociedad naciente, que como habeis visto, no está asegurado todavía, con la firmeza de lo invencible. Union, conciudadanos. La ocasion es propicia, vuelvo á decir;

—11—

y en ella, nuestro voto de reconciliacion, dará á la festividad que celebramos, la verdadera magnificencia, y á la ofrenda que consagramos á los padres de México todo el mérito que pueda hacerla digna de sus altas virtudes. Estos son los momentos felicísimos en que el corazon recobra su dignidad, porque el amor de la patria derrama en él, su ternura exquisita. Estos son los instantes de las heróicas resoluciones, y la nacion que puede exigir las de sus hijos en todos tiempos, las demanda con mayor derecho en el dia 27 de Setiembre, que marca la época de su grandeza, la época en que salió de la nada al ser, por virtud del mas espléndido de los triunfos.



Diseminado el género humano por todo el universo, esta tierra privilegiada por la mano augusta de la Providencia, estaba como escondida para las miradas y los proyectos del resto del mundo; pero tambien sus primeros pobladores se despedazaban entre sí, y mil veces tiñeron con sangre sus hermosas y fértiles campiñas, y mil veces alumbró el sol sus desapiadados encuentros, y sus terribles guerras de hermanos. Eran arrastrados por el universal contagio de la especie. Dificil era para ellos el progreso en una situacion que los encaminaba á su ruina. Ella acabó de consumarse en un dia de amarga memoria, el 13 de Agosto de 1521, principio de la dominacion estraña en el país, que no pudo recobrar la Independencia, que hoy bendice, sino á costa de los mas dilatados y penosos sacrificios, y hasta despues de que seis generaciones se habian hundido en el polvo del sepulero.

Desde esa fecha funesta siguió nuestra patria la suerte melancólica de una colonia conquistada. Los hondos pesares fijaron su asiento en las habitaciones y en el corazon de los mexicanos, recintos antes de la alegría y de la felicidad: helóse la sangre de muchos con el penetrante frio de las cadenas: se abreviaron los dias de Moctezuma como los del enfermo atacado por el fuego de la gangrena: sucumbió como la robusta encina arrancada

—12—

de raiz por el huracan y aventada á los desiertos. Los esfuerzos de los hombres animosos, á quienes inflamaba todavía el amor de la patria fueron sofocados por la grita horrible que levantaban la division y la anarquía, que nacieron en Tlaxcala, y propagaron su semilla con celeridad increíble en los pequeños imperios diseminados en la dilatada estension de la América Septentrional. Toda esperanza acabó cuando Guatimotzin el esforzado exhaló su último aliento en un suplicio, cuya crueldad, muchas veces se ha resistido á describir con todos sus odiosos pormenores, la pluma del historiador.

Una generacion sucedia á otra, y á otra, y la herencia de todas era la servidumbre y el dolor: su patria figuraba en el mundo como una colonia envilecida: La desunion habia creado raices profundísimas, y la dominacion estraña, sentada á la sombra de las robustas plantas que aquella iba propagando, se habia consolidado sobre cimientos que parecian de perpetua duracion, pues que contaban ya la asombrosa antigüedad de tres siglos. ¡Con cuanta lentitud corria el tiempo para los desventurados hijos de México la hermosa! ¡Ni referirse puede el cúmulo de sus amarguras en esa época pesadísima en que se habia perdido para ella el goce último del afligido, la esperanza consoladora! Todo era penar para los mexicanos, y solo por intervalos, se desprendia del trono de la luz indeficiente un rayo que alumbraba las espesas tinieblas que habian disecado los corazones. El heroico empeño y la caridad no desmentida de los ministros beneméritos del Evangelio que pisaron la tierra de perfumado ambiente, y de clima suavísimo, fué uno de los consuelos que tuvieron eficacia para hacer las penas menos insoportables, porque enseñaron á los ojos que estaban fijos en el polvo, á levantar sus miradas al apacible cielo que nos circunda. Esos hombres caritativos, mas de una vez con el idioma franco y animoso del amor fraternal, reprendieron los excesos de los conquistadores, á la vez que ilustraban el entendimiento, y derramaban á cada instante el bálsamo del consuelo en el pecho lacerado del mexicano.

Habian trascurrido poco mas de diez años desde la

## —13—

conquista, cuando un gran favor del cielo derramó la riqueza de mas valía en esta tierra, privilegiada por todas partes con los dones de la naturaleza. Verificóse en 1531 el tiernísimo portento del Tepeyacac. Recibieron los habitantes de México la prenda gloriosa de sempiterna alianza: escucharon la palabra maternal que los llenaba de caricias, y su protectora y su patrona, la Virgen sin mancilla, se radicó en este suelo, para colmarlo de honor, y perpetuar los beneficios con que lo ha distinguido en todo tiempo. Ella inspiraba el noble ánimo de tantos hombres defensores de la justicia, que agotaban sus esfuerzos en bien de los oprimidos, ó procuraban con el mas tierno afán, sus adelantos en las ciencias y en las artes. Jamas olvidará mi patria las virtudes eminentes de dos génius distinguidos en tan laudable empresa, los insignes obispos Las-Casas y Quiroga, honra de Chiapas y de Michoacán.

Estos rasgos históricos tan someramente referidos, vienen á recordar el estado de la infeliz colonia, cuando fueron despertando los ánimos de su prolongado letargo. Bien instruidos estais todos, de los acontecimientos que se sucedieron en los dias de las angustias de nuestros padres, dias cuyo fin no alcanzaba á penetrar el mas previsor talento: esa instruccion me escusa de estender mis ideas en este punto, en que solo he avivado vuestra memoria, porque estas referencias encuentran grandes simpatías en los hombres patriotas, porque es de necesidad libertar del olvido á los mismos acontecimientos, trasmitiéndolos á la posteridad, y finalmente, porque no se puede prescindir de hacerlo, en una festividad consagrada al aniversario de un triunfo, que precisamente tuvo en ellos su fundamento de justicia y de grandeza.

Al comenzar el siglo diez y seis, desapareció del mundo un imperio independiente y libre. Al dar principio el siglo diez y nueve, debia renacer de sus ruinas una nacion jóven y vigorosa, porque así lo tenia mandado en sus impenetribles decretos, el que es Altamente Justo: llegaron los tiempos: vino el *hasta aquí* marcado á la dominacion. Uno de los arcángeles del Señor, tocó el suelo envilecido, y lo hizo conmovverse con la energía del

## --14--

patriotismo. En dos épocas distintas; pero muy próximas entre sí, despertó el valor de dos hombres eminentes, de dos mexicanos de alta nombradía: les presentó abierto el libro de los anales de México, en que solo se repasaba, uno en pos de otra, la degradacion y el abatimiento y la miseria. Entonces fueron escritas en ese libro las dos páginas de oro, que son el rico legado de nuestros hijos, el objeto de nuestra tierna conmemoracion, y la gloria y vindicacion de nuestra patria en todos tiempos. Una de esas brillantes páginas la escribió el párroco esclarecido del pueblo de los Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, el día 16 de Setiembre de 1810. La otra fué escrita por el bizarro coronel del regimiento de Celaya, D. Agustin de Iturbide y Arámbaru, el día 24 de Febrero de 1821. No fueron favorecidos con el mismo éxcito estos dos caudillos cuya memoria arranca toda nuestra ternura; pero la gloria y la inmortalidad colocaron sobre su frente iguales laureles, y escribieron sus nombres en su indeleble Registro.

La voz de Independencia que resonó en Dolores, llevó sus écos por todos los ángulos de la república. Las primeras victorias de Hidalgo, eran un preságio de su completo triunfo. El párroco humilde, con la celeridad del experimentado y hábil capitán, atravesó en pocos días, distancias inmensas. Pero... lo habia abandonado la victoria, y caminaba á consumir su heroico sacrificio en Chihuahua. . . . . Allí terminaron sus días los cuatro primeros héroes de la libertad mexicana, y así ahogó la muerte las esperanzas en la misma cuna de su nacimiento. Renacieron despues mas vigorosas en veces mil, por los esfuerzos de tantos caudillos, cuyos nombres hemos repetido con los vivas de la gratitud; pero eran incesantemente sofocadas por todas partes.

¿Y podrá creerse que en once años de vigorosa lucha, en once años de sangre y sacrificios, nada adelantara la nacion, y que, bien al contrario, llegaba ya á exhalar los últimos ayes del vencido? Así fué, y es necesario no olvidar la causa de tan infandos resultados. La desunion, los rencores y la anarquía, destrozaban las filas de los independientes, mas todavía que las armas de sus

--15 --

enemigos vencedores. Mirad porque, nosotros, ilustrados con tan terrible ejemplo, debemos en todos tiempos, y con motivo mayor, en la situación delicada en que nos encontramos, salvar á la patria de esas plagas desoladoras, cuyo infernal esfuerzo se multiplica bajo distintas formas. No olvidemos nunca que en su bandera de esterinio, vienen escritos un voto y un pensamiento. . . . "La estinsion de la raza hispano-americana." Defendernos, es un derecho, vencer, es una necesidad.

Tal fué la íntima conviccion de Iturbide el ilustre. Inflamado su noble corazon por el amor de la patria, cayó de sus ojos la venda espesísima que los cubriera tanto tiempo: buscaron con avidez la luz que despedia la última llama de la libertad conservada en los bosques del Sur por Guerrero el magnánimo. Ciertamente Dios habia colocado una alma muy grande, en cada uno de estos héroes. El valor y la union los condujeron á la victoria. El invicto general del Sur, se puso á las órdenes del caudillo de Iguala, y ese hecho de virtud inesplicable, que atrajo sobre Guerrero el respeto y la admiracion del mundo, merecerá que en todos tiempos se le cite como el ejemplar del patriotismo sin tacha.

La Independencia iba á consumarse, y dias muy pocos faltaban para que la patria levantase á los cielos su mirada agradecida, y entonando los cantos de triunfo, fijára sobre sí la atencion del universo, que la admiraria al salir vencedora, por sí misma, y sin auxilio estraño, en una guerra en que todos habian pronosticado que México seria vencida y humillada.

En siete meses terminó la guerra de once años. En siete meses terminó la servidumbre de tres siglos. La union era uno de los fundamentos principales del nuevo plan de libertad, y los frutos de la union, son siempre grandes y admirables. Las huestes que la proclamaban fueron ennoblecidas con el nombre significativo de *Ejército de las tres garantías*, porque fué su programa la *religion, la Independencia y la union*. El ejército de las tres garantías, ni derramaba sangre, ni desolaba los campos. Venia estableciendo la paz y la concordia. Venia, reuniendo en uno, los votos de los mexicanos, y

## —16—

por eso fué digno de las bendiciones del pueblo. Llovían ellas sobre su caudillo, y jamás ha habido entre nosotros un hombre, querido con tanta y tan universal ternura, como fué querido Iturbide, cuyo nombre bastó para llenar un mundo.

El héroe sentía que su sangre se inflamaba al escuchar por todas partes las más sentidas y sinceras aclamaciones de júbilo: su corazón se abrumaba con el peso dulcísimo del amor de sus compatriotas, y nosotros vimos que se deslizaba una lágrima por su mejilla, cuando entró en esta ciudad, en que buscó y encontró su mejor y más robusto apoyo. Al estrechar en sus brazos á los guanajuatenses, revelaba su semblante el placer en que estaba anegada su alma. Dirigió especiales demostraciones á los veteranos de la libertad, y á los pequeños niños que formábamos ese colegio de la capital, que ha sido después, un monumento de su verdadera grandeza, y que entonces estaba en ruinas: Algunos de los que me escuchan, recordarán el ardiente entusiasmo con que el benemérito sostenedor de ese establecimiento condujo á sus queridos alumnos á la presencia del joven libertador. Ese preceptor virtuoso, es el anciano sacerdote, á quien vemos todavía cruzar nuestras calles, encorbado por los años, y por las fatigas; pero llevando el título de padre tiernísimo de la juventud, y seguido de la admiración y el aprecio público.

Dueño Iturbide de la opinión nacional, caminó ya por una carrera de gloria, que puede llamarse única y sin ejemplo, hasta tocar las entradas de la hermosa capital, en que iba á pasar el más grande de los días de su vida. La bandera tricolor flameaba en todos los alrededores de la ciudad bellísima. Una inmensa multitud, alegre, entusiasta y tranquila, llenaba las avenidas poblando los aires con las voces dulcísimas de unión, religión é independencia, fundamentos robustos de la proclamación de la libertad. Las miradas de un pueblo entero, que pisaba las cadenas de la servidumbre, estaban fijas en el pabellón de la patria, y en el hombre extraordinario, que lo empuñó en Iguala. Asomaba la paz su celestial semblante, y México era feliz.

## —17—

Nunca apareció la luz mas pura, ni mas brillante que el 27 de Setiembre de 1821. Nunca presenció la generacion actual espectáculo mas sublime, escenas de mayor ternura, que las que presentó la entrada del ejército trigarante en la ciudad, cuyas llaves recibia Iturbide, poniendo en las manos de sus representantes, como por una compensacion augusta, los nobles títulos de capital de la nacion mexicana, independiente y libre. Por una coincidencia admirable, el jóven libertador hizo su entrada victoriosa, en la misma hora, en los momentos precisos que señalaban el dia de su nacimiento, y en que cumplia los treinta y ocho años de su edad. Así la memoria del cumpleaños del hijo querido de México, pasaba á la posteridad, gloriosamente confundida con el recuerdo de la plácida fecha en que se dejó ver en el horizonte político la nueva nacion admirada de las viejas potencias.

¿Por qué fatalidad, cuyo solo recuerdo anuda la voz en la garganta, no estrechamos todavía contra nuestro corazon, el generoso y grande del anciano de setenta y tres años, depositando allí nuestros votos, nuestros temores y esperanzas? ¿Por qué no colocamos todavía anualmente un nuevo laurel en la frente en que vimos oscilar la llama del génio? Conciudadanos... es preciso correr un denso velo sobre esas memorias de sentimiento indefinible. Me disimulareis el que haya deramado una gota de acibar en estos instantes de la justa alegría nacional; pero la festividad que celebramos, es ocasion muy propia para que suba hasta los cielos el clamor unísono de un pueblo afligido, y su voto sumiso de espacion. Acaso la nuestra estará completamente satisfecha, y borrado el mas lamentable de nuestros errores con esa prolongada agonía nacional, que hemos pasado, y con el hondo pesar que devoramos al ver mutilada la rica herencia que recibimos de Hidalgo y de Iturbide.

Abrumado el ánimo con ideas tan superiores, que bastaria una para absorverlo todo entero, busca ansioso, el bálsamo del alivio, y lo hallaá tan solo en la virtud, y en la fé pura y ardiente, que como dice un escritor de nuestros dias, es la mejor garantía de que el es-

—18—

píritu nacional, se robustece y adelanta. Al hablar de ese consuelo, único verdadero en las desgracias que sufren los hombres y que sufren los pueblos, se despiertan en el corazón los deseos de hacer alusiones á los libros santos; pero por mas ardiente que sea ese impulso, yo como orador político, no debo dejarlo correr, porque traspasaría los límites respetables de mi misión, hasta esponerme á cometer un desacato, una profanacion de irreparables consecuencias, enseñando, ó interpretando, la ley pura y sin mançilla, cuya doctrina solo debe escucharse en la cátedra sagrada, y venir de los labios de los que ejercen el tremendo ministerio de doctores de esa misma ley. Pero, señores, ese consuelo que yo busco, estriva tambien en una verdad que está sujeta á nuestras investigaciones, y á nuestro exámen: es tambien una esperanza real y efectiva: fúndase en el triunfo de los principios, y esos principios tienen en nuestra patria todo el vigor de la juventud. No los abandonemos, y ella volverá á ser grande como en 1821 y se salvará de la anarquía.

Si los prognósticos brillantes de ese año felicísimo, perdieron su luz envueltos en la negra noche derramada por las discordias civiles, la aurora apacible del dia 27 de Setiembre, les volverá su hermosa claridad. Por los esfuerzos del patriotismo, acabará de sacudir la república el peso enorme del estado indeciso de la transición. Recibirá de manos de sus representantes la Carta fundamental que espera con ansia, y que acomodada á sus graves exigencias, y basada en la justicia, deberá ser el centro de union para los mexicanos, y el nuevo glorioso título de la regeneracion de esta sociedad independiente y libre: ¡Votos grandes, muy dignos del dia de las memorias inmortales, del dia solemne en que se consagra á los padres de la patria la ofrenda de mayor aprecio! Votos sublimes, que conservando firmísimos nuestros lazos de union, harán que la anarquía huya avergonzada de la tierra de las virtudes y del patriotismo.

No tiene voces el lenguaje de los hombres, para encarcerar el porvenir feliz de los pueblos que unidos de esa



## —19—

manera, saben imponer respeto á sus enemigos, y llenar cumplidamente su elevadísima mision. Si nosotros vigorizamos así, la fuerza que todavía tenemos de sobra, veremos aniquilados los inmorales esfuerzos de los que atormentados por la sed insaciable de la grandeza y la prosperidad material, quisieran ver destruida y olvidada la nacionalidad de México. . . . Antes morir, diré, como decía un hijo distinguido de Guanajuato, en ocasion en que celebraba las glorias inocentes de la instruccion pública; antes morir que consentir en que nuestra pataja sea borrada del catálogo de las naciones.

Sí, conciudadanos: nosotros y nuestros hijos tenemos una vida y un corazon que oponer á los injustos enemigos del nombre mexicano. Nosotros tenemos dos asilos donde formar los baluartes impenetrables para la defensa de ese nombre que siempre es para nosotros tan querido, de ese nombre eclipsado alguna vez por la mano del infortunio; pero nunca envilecido. . . . Ahí están las gloriosas tumbas que acaba de levantar la gratitud nacional en la solitaria plaza de Churubusco, y en los campos de Chapultepec. Ahí está la montaña santificada del Tepeyacac, adonde dirigimos nuestros suspiros de filial ternura. Son esos monumentos venerables, los tiernos emblemas de los dos principios que hán de salvar á la nacion privilegiada: la verdad religiosa en union con la verdad política.

La patria, celebrando hoy el aniversario del 27 de Setiembre de 1821, ensalza enmedio de un dulce enagenamiento de gratitud, los nombres ilustres de Balderas, el jefe bizarro del batallon Mina. . . de Leon, de Vazquez, Peñúñuri, Martinez de Castro, Merás, Oliva, y tantos otros dignos hijos de Allende y de Morelos, que como ellos, murieron con la muerte de los héroes, anunciando al mundo que en 1847 vivian los descendientes de los hombres grandes de 1810. ¡Que jamas se borre de los pechos mexicanos la memoria de sus hechos gloriosos, y que las aclamaciones de un pueblo agradecido, suban hasta los cielos, tan tiernas y espresivas, como las bendiciones que se elevaban en 1821 dirigidas á la Religion, á la Union y á la Independencia!!—HE DICHO.



## NOTA IMPORTANTE.



Estando ya concluido este discurso, y aún terminada la impresion; ayer á las seis y cuarto de la mañana ha muerto el Sr. Presbítero D. Marcelino Mangas, de quien se hace una memoria de gratitud en la página 16 de esta Oracion . . . Guanajuato ha sufrido una gran pérdida y la ciudad entera ha depositado sus lágrimas de ternura en el sepulcro del padre amante de la juventud, del sacerdote virtuosísimo, del generoso amigo de la humanidad, cuya dulce mirada no se fijará ya mas sobre nosotros en la tierra.